

El Currículo como dispositivo de control en la educación física castrense

Mauricio Axel Meneses Villalobos

Universidad de Chile

ORCID: 0009-0000-3398-4016

EL PRESENTE ESCRITO TIENE COMO OBJETIVO reflexionar sobre cómo el currículo en la educación física castrense actúa como un dispositivo de control y obediencia, moldeando tanto el cuerpo como la mente de los individuos. Desde una perspectiva biopolítica, se analizan las implicaciones históricas y filosóficas de las concepciones dualistas y monistas del cuerpo, y su papel en el control corporal dentro del contexto militar. Se argumenta que el currículo en la educación física castrense no solo transmite conocimientos, sino que funciona como un mecanismo disciplinario que interviene profundamente en la formación de sujetos obedientes y subordinados a las estructuras de poder. Este currículo regula el cuerpo físico, entrenándolo para la eficiencia y el rendimiento, al mismo tiempo que moldea la mente, fomentando una obediencia incondicional. Desde la biopolítica, el currículo castrense organiza estratégicamente saberes y prácticas físicas para configurar cuerpos que no solo cumplen funciones militares, sino que también simbolizan el control absoluto ejercido por el poder. De esta manera, la educación física castrense se convierte en un espacio donde se materializa el control físico y mental, formando sujetos completamente subordinados a los principios de autoridad y poder militar.



Biopolítica, control sobre la vida

El currículum, en su definición clásica es concebido como un conjunto de planes que guían el aprendizaje,¹ no solo estructura lo que se enseña en las aulas, sino que también moldea la manera en que los estudiantes interactúan con su entorno

¹ Allan A. Glatthorn, Floyd A. Boschee, Bruce M. Whitehead, y Bonni F. Boschee. *Curriculum Leadership: Development and Implementation*. Thousand Oaks, Sage, 2006

social. Este conjunto de prácticas educativas formales e informales refleja las prioridades y valores de una sociedad, influyendo directamente en la formación de las personas y su participación dentro del sistema educativo. De esta forma, el currículum se convierte en un instrumento mediante el cual se norman y estructuran las experiencias educativas de los estudiantes, pero también en un espacio donde se transmiten implícitamente conductas, valores y expectativas.

De manera análoga, la evolución histórica del concepto de cuerpo refleja una transformación continua en nuestra comprensión desde las visiones dualistas que separaban tajantemente el cuerpo y la mente, hasta las concepciones monistas y post-estructuralistas contemporáneas.² A lo largo de esta evolución, las prácticas corporales, las normas sociales y las estructuras políticas han moldeado y regulado el cuerpo, convirtiéndolo no solo en un objeto de control, sino también en un agente activo de producción y resistencia.

Históricamente, la noción de cuerpo ha sido comprendida desde dos perspectivas fundamentalmente opuestas: la dualista y la monista. La visión dualista, con profundas raíces en la filosofía clásica griega, divide al ser humano en una parte material (el cuerpo) y una realidad inmaterial (alma, mente). Esta concepción en-

cuentra su expresión más clara en el pensamiento de Platón, quien conceptualizaba el cuerpo como una prisión del alma, una entidad que obstaculizaba el acceso al verdadero conocimiento. Siglos más tarde, René Descartes, con su famosa máxima "*Cogito ergo sum*" (Pienso, luego existo), llevó esta separación a su punto culminante, estableciendo una distinción radical entre el pensamiento y el cuerpo, considerando este último meramente como un mecanismo complejo, pero esencialmente separado de la esencia del ser. Esta perspectiva cartesiana ha tenido una influencia duradera, llevando a un entendimiento mecanicista del cuerpo, en el que se le percibe como una "máquina" que debe ser entrenada, optimizada y, en última instancia, superada.³

En contraposición a esta visión dualista, la concepción monista sostiene que cuerpo y mente forman una unidad indivisible, una totalidad integrada que no puede ser separada sin perder su esencia. Desde esta perspectiva, el cuerpo no es simplemente un receptáculo pasivo del alma o de la conciencia, sino que se constituye como el centro mismo de la experiencia y la interacción humana, reflejando y a la vez escondiendo nuestras realidades más íntimas. Esta visión monista reconoce que el cuerpo es profundamente influenciado por factores

² Cornelio Águila y Juan José López, "Cuerpo, corporeidad y educación: Una mirada reflexiva desde la Educación Física." *Retos. Nuevas tendencias en Educación Física, Deportes y Recreación* 35, pp. 413-421, 2019. <https://doi.org/10.47197/retos.v0i35.62035>.

³ Felipe Johnson, "Hacia la pregunta por la corporalidad: Reflexiones sobre el cuerpo humano en cuanto organismo." *Alpha (Osorno)* (29), 2009, pp. 167-184. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22012009002900012>.



socioculturales, convirtiéndose así en un fenómeno histórico y cultural, marcado indeleblemente por la realidad social, el tiempo y el espacio en el que se vive y se desarrolla.

No obstante, la influencia de esta visión cartesiana ha perdurado a lo largo del tiempo, en ese sentido el dualismo cartesiano influyó a que la comprensión filosófica del cuerpo diera forma a prácticas socioculturales y biopolíticas en las que el cuerpo se convierte en objeto de control y disciplina. “¡Atención! Vista al frente, a discreción, ¡Mar!” sintetiza este paradigma, evocando la sumisión del cuerpo ante las órdenes, ejercidas como un control absoluto sobre los movimientos y acciones de los individuos, reflejando una obediencia total y una subordinación física a la autoridad.

Desde la biopolítica se argumenta que el cuerpo no solo es controlado a nivel individual, sino también a nivel social,⁴ a través de mecanismos de poder que lo moldean y disciplinan, estos mecanismos se concretan en los llamados dispositivos, que son un conjunto heterogéneo de discursos, instituciones y prácticas que regulan y organizan la vida social, materializado el cuerpo en un objeto de regulación, inmerso en relaciones de poder que lo someten a trabajos, ceremonias y exhibiciones de signos. Así, pues el cuerpo, más allá de su dimensión biológica, se convierte en un constructo social y político que está continuamente siendo

modelado a través del conocimiento y el poder.

Por lo anterior, aquel modelamiento se ejerce mediante un currículo positivista, actuando como un dispositivo disciplinario al ser una selección de saberes orientados a “entrenar” el cuerpo para ser eficiente y dócil. En la doctrina militar, estas técnicas son imbricadas en el currículo desde el entrenamiento físico, donde el cuerpo se convierte en un objeto de control, supervisado constantemente a través de ejercicios, formaciones y rutinas estrictas. Este control disciplinario transforma al cuerpo en una herramienta de producción y un símbolo de obediencia absoluta.

La educación castrense no solo entrena el cuerpo para el combate, sino que también configura la mente para obedecer sin cuestionar. En este sentido, el currículo organiza el espacio físico y las actividades de tal manera que permite una vigilancia constante, disciplinando al individuo para que responda de manera precisa y eficiente a las órdenes.⁵ Este proceso va más allá del simple control del cuerpo; implica la construcción de una subjetividad completamente subordinada a la estructura jerárquica militar.

El currículo, por lo tanto, no se limita a la transmisión de saberes, sino que establece un régimen de control dualista sobre el cuerpo y la mente del sujeto, creando ontológicamente la obediencia y la sumisión encarnada a la autoridad.



⁴ Michel Foucault. 1978. *Microfísica del poder*. La Piqueta.

⁵ Gilles Deleuze. “Post-scriptum sobre las sociedades de control.” 2006.

Conclusiones

El currículo en la educación física castrense actúa como un dispositivo de control y obediencia que modela tanto el cuerpo como la mente del individuo, reflejando una continuidad histórica en las concepciones dualistas y monistas del cuerpo. A través de la vigilancia, la disciplina y la coerción, el cuerpo se convierte en un objeto de regulación, entrenado no solo para la eficiencia física sino también para la obediencia incondicional. En este proceso, se actualizan los principios del dualismo cartesiano, en los que el cuerpo es reducido a una máquina sometida a una autoridad externa, mientras que el monismo se manifiesta en la comprensión de que el cuerpo es un constructo social y político, profundamente influenciado por factores históricos y culturales.

El currículo positivista, en este contexto, selecciona y organiza los saberes y las prácticas físicas de manera estratégica, para configurar cuer-

pos que no solo cumplan funciones militares, sino que también simbolizan el control total que el poder ejerce sobre los individuos. Foucault y Deleuze ofrecen marcos teóricos que revelan cómo el poder se infiltra en las dinámicas corporales a través del currículo, asegurando que los cuerpos no solo respondan a las órdenes, sino que se alineen con una estructura jerárquica que perpetúa la sumisión y la docilidad.

Por lo tanto, el currículo militar, más que un simple programa de estudios se establece como un mecanismo disciplinario que crea cuerpos obedientes y mentes subordinadas, integrando tanto el control físico como la conformación de una subjetividad absolutamente alineada con los principios de autoridad y poder. En este sentido, la educación física castrense se configura como un espacio donde se materializa la biopolítica del cuerpo, moldeando sujetos dispuestos a obedecer y ejecutar, sin cuestionar, las directrices del aparato militar.



Mario Ortiz, *La prédica alegre de la muerte*, 2023 (detalle).

